

perro atado, temible á todos, sino á ellos dos, y al que le daba de comer. Al tiempo concertado para el hecho, Teba desde antes de la noche tenia ocultos á los hermanos en una casa vecina : entró sola, como lo tenia de costumbre, al cuarto de Alejandro, que ya estaba dormido : salió de allí á poco, y mandó al esclavo que se llevara á fuera el perro, porque este queria reposar con el mayor sosiego : inmediatamente para precaver que la escalera hiciese ruido al subir los hermanos, tendió lana por toda ella : trajo luego á los hermanos armados, y dejándolos á la puerta, entró al dormitorio, y sacó la espada que Alejandro tenia colgada sobre el lecho, siendo esta la seña que se tenían dada para entender que este dormia, y que era el momento de sorprenderle. Como entonces se acobardasen aquellos jóvenes y se detuviesen, empezó á motejarlos, y á amenazarlos con que despertaria á Alejandro, y le descubriría el designio ; y entonces entre avergonzados y medrosos los introdujo, y los colocó al rededor del lecho, llevando luz. Sujetóle el uno por los pies, el otro le tomó la cabeza por los cabellos, y el tercero le pasó con la espada ; muriendo, atendida la celebridad del hecho, quizá mas pronto de lo que fuera razon ; y solo en haber sido el primer tirano muerto por su mujer, y en la afrenta que sufrió su cadáver, siendo arrojado al suelo, y hollado por los de Feres, puede decirse que tuvo el fin debido á sus maldades.



MARCELO.

Es opinion que Marco Claudio, el que fue en Roma cinco veces cónsul, era hijo de otro Marco ; y que entre los de su casa empezaron á llamarle Marcelo, lo que se interpreta Marcial, segun nos dejó escrito Posidonio ; porque realmente era guerrero en el ejercicio y los conocimientos ; en su cuerpo, robusto, en las manos, ágil, y en su índole muy inclinado á la

guerra ; y si bien en los combates se mostraba intrépido y fiero, en todo lo demas era prudente y humano y aficionado á la literatura y escritos de los Griegos, hasta apreciar y admirar á los que en aquella sobresalian ; aunque por sus ocupaciones no le fue dado aprender y ejercitarse en ella segun sus deseos. Porque si Dios á algunos hombres, como dice Homero,

De juventud hasta la edad cansada
Les concedió acabar sangrientas lides ;

esto se verificó tambien con los principales Romanos de aquella edad ; los cuales de jóvenes hicieron la guerra á los Cartagineses en Sicilia ; en la edad varonil á los Galos por defender la Italia ; y en la vejez otra vez á Anibal y los Cartagineses, no pudiendo tener, como otros, reposo en sus últimos años ; sino siendo llamado continuamente á los ejércitos y á los mandos, segun su generosa índole y su virtud.

En todo género de lid era Marcelo diestro y ejercitado ; pero en los duelos y desafios parece que aun se excedia á sí mismo : así no hubo desafio que no aceptase, y en ninguno dejó de dar muerte á sus contrarios. En Sicilia salvó á su hermano Otacilio que estaba para perecer, protegiéndole con su escudo, y dando muerte á los que le habian acosado : accion por la que, siendo todavía mozo, obtuvo de los generales coronas y premios. Como hubiese adelantado en la pública estimacion, el pueblo le nombró edil, una de las mas brillantes dignidades, y los sacerdotes agorero, que es una especie de sacerdocio, al que la ley concedió la investigacion y conservacion de la adivinacion por las aves. Siendo edil se vió en la necesidad de seguir una causa muy repugnante ; porque tenia un hijo de su mismo nombre, dotado de singular belleza, y al mismo tiempo muy estimado de los ciudadanos por su modestia é instruccion, y Capitolino, colega de Marcelo, hombre vicioso y disoluto, le requirió de amores. El jóven al principio guardó dentro de su pecho aquel mal intento ; mas como aquel hubiese repetido, y él lo hubiese revelado á su padre, indignado Marcelo, acusó á su colega ante el Senado. Puso el denunciado por obra toda especie

de subterfugios y enredos, pidiendo la intercesion de los tribunos; y como se excusasen de prestarla, se defendia con la negativa. No podia producirse testigo ninguno de la seducion, por lo que se resolvió hacer comparecer al jóven en el Senado: y traído que fue, con ver su rubor y sus lágrimas, y que en su aspecto con la vergüenza resplandecia una ardiente ira, no necesitaron de mas conjeturas para condenar á Capitolino y multarle en una crecida suma; con la que Marcelo hizo labrar un lebrillo de plata, que consagró á los Dioses.

Sucedió que fenecida la primera guerra púnica al año vigésimo segundo, amenazaron á Roma principios de nuevas disensiones con los Galos: porque los Insubres, habitantes de la parte de Italia que está al pie de los Alpes (pueblo tambien Galo), ya de gran poder por sí mismos, allegaban otras fuerzas, convocando á los que de los Galos sirven á soldada, los cuales se llaman Gesatas: habiendo sido cosa prodigiosa y de gran dicha para Roma que esta guerra céltica no hubiese concurrido con la africana; sino que los Galos, como si entraran de sustitutos, no se hubieran movido mientras duraba aquella contienda, y despues tratasen de acometer á los vencedores, y de provocarlos cuando ya estaban ociosos. No dejó con todo el pais mismo de ser gran parte para que viniese temor en los Romanos, conmovidos con la idea de una guerra de la misma region, ya por la vecindad, y ya tambien por el antiguo renombre de los Galos; los cuales se ve haber sido muy formidables á los Romanos, que por ellos fueron desposeidos de su ciudad; pues que de resulta de este suceso establecieron por ley, que los sacerdotes fuesen exentos de la milicia, á no que sobreviniera otra guerra con los Galos. Daban tambien indicios de este miedo los mismos preparativos (porque se pusieron sobre las armas tantos millares de hombres cuantos nunca se vieron á la vez ni antes ni despues), y las novedades que se hicieron en orden á los sacrificios: pues siendo así que nada admitian de los bárbaros ni de los extranjeros, sino que siguiendo principalmente las opiniones de los Griegos eran pios y humanos en las cosas de la religion; entonces al estar ya próxima la

guerra se vieron en la necesidad de obedecer á unos oráculos de las Sibilas; y segun ellos, á enterrar vivos en la plaza que llaman de los bueyes á dos Griegos, varon y hembra, y del mismo modo á dos Galos: por los cuales Griegos y Galos hacen aun hoy en el mes de noviembre ciertas arcanas é invisibles ceremonias.

Los primeros combates alternaron entre victorias y descalabros, sin que condujesen á un término seguro; y mientras los cónsules Flaminio y Furio hacian la guerra con poderosos ejércitos á los Insubres, se vió que el rio que atraviesa la campiña Picena corria teñido en sangre, y se dijo asimismo que hácia Ariminio habian aparecido tres lunas. Ademas los sacerdotes, que tienen á su cargo observar las aves, anunciaron que los agüeros de estas al tiempo de los comicios consulares habian sido contrarios á los cónsules: por todo lo cual al punto se enviaron cartas al ejército, citando y llamando á estos para que restituidos á Roma abdicaran cuanto antes, y nada se apresuraran á hacer como cónsules contra los enemigos. Recibió las cartas Flaminio, y no quiso abrirlas sin haber antes entrado en acción con los bárbaros, á los que puso en fuga y les corrió la tierra. Regresó luego á Roma con muchos despojos; pero el pueblo no salió á recibirle; y por no haber cumplido así que fue llamado, ni haberse mostrado obediente á las cartas, estuvo en muy poco que no perdiese la votacion del triunfo; por tanto, no bien acabada la solemnidad de este, le redujo á la clase de particular, precisándole á renunciar el consulado juntamente con su colega; ¡ tanta era la piedad de los Romanos en referirlo todo á los Dioses! Así es que aun presentando en cambio los mas prósperos acontecimientos, no aprobaban el desden de los agüeros recibidos, creyendo que para la salud de la patria conducia mas el que los magistrados reverenciasen las cosas de la religion, que el que vencieran á los enemigos.

Por este término hallándose cónsul Tiberio Sempronio, varon que por su valor y probidad era de los Romanos tenido en el mayor aprecio, declaró por sus sucesores á Escipion Nasica, y Cayo Marcio; y cuando ya estaban estos en

sus respectivas provincias registrando los apuntes sobre milicia, halló por casualidad, que se le habia pasado una de las prevenciones trasmitidas por los mayores, que era esta : cuando el general para tomar los agüeros fuera de la poblacion ocupaba casa ó tenda arrendada, y despues por caso tenia que volver á la ciudad sin haber obtenido señales ciertas, era preciso que dejara aquella mansion arrendada, y tomara otra para empezar en ella la ceremonia desde el principio. Esto era justamente lo que Tiberio habia ignorado, y tomó dos veces los agüeros en un mismo punto para declarar cónsules á los que dejamos dicho. Advirtió por fin su error, y lo hizo presente al Senado ; el cual no miró con desprecio esta falta, aunque pequeña ; sino que escribió á los cónsules y estos dejando las provincias, se apresuraron á volver á Roma, é hicieron difision de su dignidad : sino que esto sucedió mas adelante. Mas por aquellos mismos tiempos á dos sacerdotes de lo mas distinguido se les privó del sacerdocio : á Cornelio Cetego, por no haber distribuido por el órden prescrito las entrañas de las víctimas ; y á Quinto Sulpicio, porque en el acto de estar sacrificando se le cayó de la cabeza el velo que llevan los llamados Flamines. Tambien estando el dictador Minucio nombrando por maestro de la caballería á Cayo Flaminio, porque en el acto se oyó el rechinar de un raton, al que llaman *sorice*, retiraron sus votos á entrambos, y nombraron otros. Mas aunque tanta exactitud ponian en estas cosas que parecen pequeñas, no por eso tenia parte supersticion ninguna en no alterar ni omitir nada de las prácticas heredadas.

Hecha la abdicacion por Flaminio y su colega, fue designado cónsul Marcelo por los que llaman intereyes ; y luego que se entregó de la autoridad, le dieron por colega á Neyo Cornelio. Dicese que como los Galos diesen muchos pasos hácia la reconciliacion, y también el Senado se inclinase á la paz, Marcelo irritó al pueblo para que apeteciese la guerra ; y aun sin embargo de que llegó á hacerse la paz, los Galos mismos parece que obligaron á la guerra, pasando los Alpes y alborotando á los Insubres : porque siendo unos treinta mil, se unieron á estos, que les excedian mucho en

número ; y llenos de altanería marcharon sin detencion contra Acerras, ciudad fundada á las orillas del Po ; y de alli el Rey de los Gesatas Viridómaro salia con unos diez mil hombres, y talaba todo el pais por donde discurre este rio. Luego que esto llegó á los oidos de Marcelo, dejando á su colega por la parte de Acerra con toda la infantería, toda la tropa de línea y el tercio de la de á caballo, y tomando consigo lo restante de la caballería y de las tropas mas ligeras hasta unos seiscientos hombres, movió sus reales, y aceleró la marcha, sin aflojar ni de dia ni de noche, hasta que alcanzó á los diez mil Gesatas hácia el pueblo llamado Clastidio Caserio, otro tiempo de los Galos, y que hacia poco habia entrado en la obediencia de los Romanos. No le fue dado rehacerse y dar algun reposo á su tropa, porque luego tuvieron los bárbaros antecedentes de su venida, y la miraron con desprecio, por ser muy poca su infantería, y no dar los Celatas á su caballería importancia ninguna ; pues sobre ser tenidos por diestrisimos y sobresalientes en este modo de combatir, con mucho excedian tambien en el número á Marcelo. Por tanto, como para llevarse de calles marcharon sin dilacion contra él con gran impetu y terribles amenazas, precediéndoles el Rey. Marcelo, para que no se le adelantaran y le envolvieran viéndole con tan pocos, llevó con prontitud á bastante distancia sus escuadrones de caballería, y adelgazando su ala, la extendió mucho, hasta que se puso cerca de los enemigos. En el acto mismo de lanzarse contra estos, sucedió que su caballo, inquietado con los relinchos de la caballería contraria, volvió grupa para llevar hácia atras á Marcelo. El entonces, temiendo que este accidente diese motivo á alguna supersticion á los Romanos, hizo uso del freno, y volvió repentinamente el caballo frente á los enemigos adorando al sol ; como que no por acaso, sino de intento y con aquel mismo objeto habia hecho á su caballo dar vuelta, porque girando en torno es como los Romanos acostumbra adorar á los Dioses ; y al tiempo de embestir á los enemigos se dice haber hecho voto á Júpiter Feretrio de consagrarle las mas hermosas armas de los enemigos.

En esto le echó de ver el Rey de los Gesatas, y conjetu-

rando por las insignias que aquel era el general, picó á su caballo, y se adelantó mucho á los demas, provocándole á grandes voces, y blandiendo su lanza : siendo superior á los demas Galos, y sobresaliendo entre ellos por su talla y por toda su armadura, en que brillaban el oro, la plata y la variedad de los colores, con lo que venia á ser como rayo de luz entre nubes. Llevaba Marcelo su vista por toda la hueste enemiga, y como al descubrir aquellas armas le pareciesen las mas hermosas de todas, y se le ofreciese que con ellas habia de cumplir su voto, arremetiendo contra su dueño, le atravesó con la lanza la coraza, y con el encuentro del caballo le hizo perder la silla y caer al suelo todavía con vida ; pero repitiéndole segundo y tercer golpe acabó luego con él. Apeóse en seguida, y luego que tomó en la mano las armas del caido, alzando los ojos al cielo, exclamó : « ¡ O Júpiter Feretrio, tú que registras los designios y las grandes hazañas de los generales en las guerras y en las batallas, tú eres testigo de que con mi propia mano he traspasado y dado muerte á este enemigo, siendo general á otro general, y siendo cónsul á un Rey : conságrote pues estos primeros y excelentísimos despojos : tú concédeme para lo que resta una ventura igual á estos principios ! » En esto acometió la caballería, peleando no con la caballería separada, sino tambien con la infantería que allí se agolpó ; y alcanzó un especial, glorioso é incomparable triunfo, pues no hay memoria de que tan pocos de á caballo hubiesen vencido jamas á tanta caballería é infantería juntas. Dióse muerte á un gran número ; y cogiendo muchas armas y despojos, volvió á unirse con el colega, que combatia desventajosamente con los Celtas, junto á la ciudad mayor y mas populosa de los Galos. Llámase Milan, y los Celtas la reconocen por metrópoli ; por lo cual, peleando con particular denuedo en su defensa, habian conseguido sitiarse al sitiador Cornelio. Volviendo en esta sazón Marcelo, los Gesatas luego que entendieron la derrota y muerte de su Rey, se retiraron ; Milan fue tomada, y los Celtas espontáneamente entregaron las demas ciudades, y se sometieron con todas sus cosas á los Romanos, que les concedieron la paz con equitativas condiciones.

Decretado por el Senado el triunfo solamente á Marcelo, apareció este en la pompa, si se atiende á la brillantez, riqueza y copia de los despojos, y al número de los cautivos, magnífico y admirable como los que mas ; pero el espectáculo mas agradable y nuevo era ver que él mismo conducia al templo de Júpiter la armadura del bárbaro ; para lo cual habia hecho cortar el tronco de una frondosa encina, y disponiéndolo como trofeo, puso ligadas y pendientes de él todas las piezas, acomodándolas con cierto orden y gracia ; y al marchar el acompañamiento púsose al hombro el tronco, subió á la carroza, y como estatua de sí mismo, adornada con el mas vistoso de los trofeos, así atravesó la ciudad. Seguía el ejército con lucientes armas, entonando odas é himnos triunfales en loor del Dios y del general. De esta manera continuó la pompa, y llegada al templo de Júpiter Feretrio, subió á él, é hizo la consagracion, siendo el tercero y último hasta nuestra edad : porque el primero que trajo iguales despojos fue Rómulo de Acron, Rey de los Ceninetes ; el segundo Cornelio Coso de Tolumnio, Etrusco ; y despues de estos Marcelo de Viridómaro, Rey de los Galos, y despues de Marcelo nadie. Dase al Dios á quien se hizo la ofrenda el nombre de Júpiter Feretrio, segun unos por el hecho mismo de habérsele llevado el trofeo, como derivado de la lengua griega (1) muy mezclada entonces con la latina ; segun otros esta es denominacion propia de Júpiter Fulminante, porque al *herir ó lisiar* los Latinos le llaman *ferire*. Otros finalmente dicen que se tomó el nombre del mismo golpe ó acto de herir en la guerra, porque en las batallas cuando persiguen á los enemigos, repitiendo la palabra *hiere* se excitan unos á otros. Al botin comunmente le llaman despojos ; pero á los de esta clase les dicen con especial denominacion *ópimos* ; y se refiere que en los comentarios de Numa Pompilio se hace mencion de ópimos primeros, segundos y terceros ; mandando que los primeros que se tomaban se consagrasen á Júpiter Feretrio ; los segundos á Marte, y los terceros á Quirino : y que por prez del valor recibian el primero trescientos.

(1) Φορέω significa llevar, y probablemente se tomó de aquí el *ferre* de los Latinos.

tos ases; doscientos el segundo, ciento el tercero; acerca de las cuales cosas prevalece ademas la opinion de que entre aquellos solo son honoríficos los que se toman los primeros en batalla campal, dando muerte el un general al otro: mas baste ya de este punto. Los Romanos tuvieron en tanto esta victoria y el modo con que se terminó esta guerra, que de los rescates enviaron en ofrenda á Apolo Pitio una salvilla de oro; y de los despojos, ademas de partir largamente con las ciudades confederadas, regalaron asimismo considerable porcion á Hieron, tirano de Siracusa, que era tambien amigo y aliado.

Cuando Anibal invadió la Italia habia sido Marcelo enviado á Sicilia con una armada. Sucedió luego la calamidad de Canas, muriendo muchos millares de Romanos en aquella batalla, y retirándose á Canisio aquellos pocos que habian podido salvarse. Como se temiese que Anibal acudiria al punto á tomar á Roma con la facilidad con que habia deshecho lo mas robusto de sus tropas, Marcelo fue el primero que desde las naves envió á Roma para su guarnicion mil y setecientos hombres. Comunicósele luego una orden del Senado, y pasando en su virtud á Canisio, recogió los que allí se habian refugiado, y los sacó fuera de muros, para no dejar á discrecion el pais. De los Romanos los varones propios para el mando, y de opinion en las cosas de la guerra, los mas habian muerto en las acciones; y en Fabio Máximo, que era el que gozaba de mayor autoridad por su justificacion y su prudencia, culpaban el detenimiento en las determinaciones, para no arriesgarse á descabros, notándole de inactivo é irresoluto. Juzgando pues que si bien este era cual les convenia para consultar á su seguridad, todavia no era él general que tambien necesitaban para ofender á su vez, volvieron los ojos á Marcelo; y contraponiendo y como mezclando su osadía y arrojo con la moderacion y prevision de aquel, los fueron nombrando, ora cónsules á ambos, y ora cónsul al uno y procónsul al otro. Refiere Posidonio á este propósito que á Fabio le llamaban escudo, y á Marcelo espada; y el mismo Anibal solia decir que á Fabio, le temia como á ayo, y á Marcelo como á antagonista; porque de

aquel era contenido para que no hiciese daño, y de este lo recibia.

En primer lugar como en el ejército por las mismas victorias de Anibal se hubiese introducido mucha insubordinacion é indisciplina, á los soldados separados de los reales que corrian el pais los destrozaba, debilitando por este medio sus fuerzas. Despues yendo en auxilio de Nápoles y de Nola, á los Napolitanos los alentó y confirmó, porque de suyo eran amigos seguros de Roma; y entrando en Nola los encontró en sedicion, porque el Senado no podia reducir ni gobernar al pueblo que *anibalizaba* ó se mostraba del partido de *Anibal*; y es que habia en aquella ciudad un hombre de los principales en linaje, y muy ilustre por su valor, llamado Bandio, el cual en Canas habia peleado con extraordinario valor; y habiendo dado muerte á muchos Cartagineses, á la postre se le habia encontrado entre los cadáveres traspasado su cuerpo de muchos dardos; de lo que admirado Anibal, no solo le dejó ir libre sin rescate, sino que le dió dádivas, y le hizo su amigo y huésped. Correspondiendo pues Bandio agradecido á este favor, era uno de los que anibalizaban con mas ardor; y como tenia influjo, incitaba al pueblo á la desercion. No tenia Marcelo por justo deshacerse de un hombre á quien la fortuna habia distinguido tanto, y que habia tenido parte con los Romanos en sus mas memorables batallas; y como ademas fuese por su carácter dulce y humano en el trato, é inclinado á excitar en los hombres sentimientos de honor, habiéndole en una ocasion saludado Bandio, le preguntó quién era; no porque no le conociese mucho tiempo habia, sino para buscar algun principio y motivo de entrar en conversacion. Cuando le respondió soy Lucio Bandio, mostrando alegrarse y maravillarse: ¿Cómo, le respondió, tú eres aquel Bandio de quien tanto se ha hablado en Roma, con motivo de la batalla de Canas, diciéndose haber sido tú el único que no abandono al cónsul Paulo Emilio, sino que aun esperaste y recibiste en tu propio cuerpo los dardos que contra aquel se lanzaban? Contestándolo Bandio, y mostrando ademas algunas de sus heridas; pues teniendo, continuó Marcelo, tales señas de amistad hácia nosotros: ¿Por

qué no te has presentado al instante? ¿ó crees que no sabemos recompensar la virtud de unos amigos que vemos acatados de nuestros contrarios? Además de halagarle y atraerle de esta manera, le regaló un caballo hecho á la guerra, y quinientas dracmas.

Desde entonces Bandio fue para Marcelo el compañero y auxiliar de mayor confianza, y el mas temible denunciador y acusador de los que eran de contrario partido; que habia muchos, y tenian meditado, cuando los Romanos saliesen contra los enemigos, robarles el bagaje. Por tanto Marcelo, formando sus tropas dentro de la ciudad, colocó junto á las puertas todo el carruaje, é intimó á los Nolanos que no se aproximasen á las murallas: notábanse estas desiertas de defensores, y esto indujo á Anibal á marchar con poco orden, pareciéndole que los de la ciudad estaban tumultuados. Entonces Marcelo, dando orden de abrir la puerta que tenia próxima, hizo una salida, llevando á sus órdenes lo mas brillante de la caballería, y dió de frente sobre los enemigos: á poco salieron por otra puerta los de infantería con ímpetu y algarazas; y despues de estos, mientras Anibal dividia sus fuerzas, se abrió la tercera puerta, y por ella salieron los restantes, y por todas partes hostigaron á unos hombres sobrecogidos con lo inesperado del caso, y que se defendian mal de los que ya tenian entre manos, por los que últimamente habian sobrevenido. Y esta fue la primera ocasion en que las tropas de Anibal cedieron á los Romanos, acosadas de estos con gran mortandad y muchas heridas hasta su campamento: pues se dice que perecieron sobre cinco mil, no habiendo muerto de los Romanos mas de quinientos. Livio no confirma el que hubiese sido tan grande la derrota ni tanta la mortandad de los enemigos; pero sí conviene en que de resultas de esta accion adquirió Marcelo gran renombre, y á los Romanos se les infundió mucho aliento, como que no peleaban contra un enemigo invicto ó irresistible, sino contra uno que ya, decian, estaba sujeto á descalabros.

Por esta causa, habiendo muerto uno de los cónsules, llamó el pueblo para que le sucediese á Marcelo que se hallaba ausente, dilatando la eleccion contra la voluntad de los de

mas magistrados hasta que regresó del ejército. Fue pues nombrado cónsul por todos los votos; pero al celebrarse los comicios hubo truenos, y los sacerdotes no tuvieron por faustos los agüeros, sino que no se atrevieron á disolver la junta por temor del pueblo; mas él mismo hizo dimision de su dignidad. Con todo no por esto rehusó el mando del ejército, sino que con el nombramiento de procónsul volvió otra vez al campamento de Nola, donde causó graves daños á los que habian tomado el partido del Cartagines. Sobre vino este repentinamente contra él, y como le provocase á batalla campal, no tuvo entonces por conveniente el empeñarla, con lo que aquel destinó á merodear la mayor parte de su ejército; y cuando menos pensaba en batalla, se la presentó Marcelo, que habia dado á su infantería lanzas largas, como las que usaban en los combates navales, y la habia enseñado á herir de lejos á los Cartagineses, que no eran tiradores, y solo usaban de dardos cortos con los que herian á la mano. Asi en aquella ocasion volvieron la espalda á los Romanos cuantos concurrieron, y se entregaron á una no disimulada fuga con pérdida de unos cinco mil hombres muertos, y cuatro elefantes muertos asimismo, y otros dos que se cogieron vivos. Pero lo mas singular de todo fue que al tercer dia despues de la batalla se le pasaron de los Iberos y Numidas de á caballo mas de trescientos, cosa nunca antes sucedida á Anibal, que con tener un ejército compuesto de varias y diversas gentes, por mucho tiempo lo habia conservado en una misma voluntad; y estos despues permanecieron siempre fieles á Marcelo y á los generales que le sucedieron.

Nombrado Marcelo cónsul por tercera vez, se embarcó para la Sicilia, á causa de que los prósperos sucesos de Anibal habian vuelto á despertar en los Cartagineses el deseo de recobrar aquella isla, con la oportunidad tambien de andar alborotados los de Siracusa despues de la muerte de Gerónimo su tirano; y por los mismos motivos habian tambien los Romanos enviado antes algunas fuerzas al mando de Apio. Al entregarse de ellas Marcelo, se le presentaron muchos Romanos, que se hallaban en la afliccion siguiente: de los

que en Canas pelearon contra Anibal unos huyeron, y otros fueron cautivados, en tal número, que pareció no haber quedado á los Romanos quien pudiera defender las murallas; y con todo conservaron tal entereza y magnanimidad, que restituyéndoles Anibal los cautivos por muy corto rescate, no los quisieron recibir, sino que antes los desecharon, no haciendo caso de que á unos les dieran muerte, y á otros los vendieran fuera de la Italia; y á los que volvieron de su fuga, que fueron muchos, los hicieron marchar á la Sicilia, bajo la condicion de no volver á Italia mientras se pelease contra Anibal. Estos pues se presentaron en gran número á Marcelo, y echándose por tierra, le pedian con gritería y lágrimas que los admitiese en el ejército, prometiéndole que harian ver con obras haber sufrido aquella derrota, mas por desgracia que no por cobardía. Compadecido Marcelo escribió al Senado, pidiéndole el permiso para completar con ellos las bajas del ejército. Disputóse sobre ello en el Senado, y su dictámen fue que los Romanos para las cosas de la república ninguna necesidad tenian de hombres cobardes; con todo, que si Marcelo queria servirse de ellos, á ninguno se habian de dar las coronas y premios que los generales conceden al valor. Esta resolucion fue muy sensible á Marcelo; y cuando despues de la guerra de Sicilia volvió á Roma, se quejó al Senado de que en recompensa de sus grandes servicios no le hubiese permitido mejorar la mala suerte de tantos ciudadanos.

En Sicilia lo primero que entonces le ocurrió fue haber sido calumniado por Hipócrates, gobernador de los Siracusanos, que á fin de congraciarse con los Cartagineses, y tambien para negociar en su favor la tiranía de aquel pueblo, habia hecho perecer á muchos Romanos cerca de Leoncio. Tomó pues Marcelo esta ciudad á viva fuerza; y lo que es á los Leontinos en nada los ofendió; pero á todos los pasados que pudo haber á la mano los hizo azotar y quitarles la vida. En consecuencia de esto la primera noticia que Hipócrates hizo llegar á Siracusa fue que Marcelo hacia degollar sin compasion á todos los Leontinos, y cuando por esta causa estaban en la mayor agitacion, vino sobre la ciudad y se

apoderó de ella. Marcelo con esta ocasion se puso en marcha con todo su ejército, con direccion á Siracusa; y sentando allí cerca sus reales, envió mensajeros que pusieran en claro lo ocurrido con los Leontinos; mas no habiendo adelantado nada, ni logrado desengañar á los Siracusanos, porque el partido de Hipócrates era el que dominaba, acometió á la ciudad por tierra y por mar á un tiempo, mandando Apio el ejército y mandando él mismo por sí sesenta galeras de cinco órdenes, llenas de toda especie de armas, manuales y arrojadizas. Habia formado un gran puente sobre ocho barcas ligadas unas con otras; y llevando sobre él una máquina, se dirigia contra los muros, muy confiado en la muchedumbre y excelencia de tales preparativos y en la gloria que tenia adquirida; de todo lo cual hacian muy poca cuenta Arquimedes y sus inventos. No se habia dedicado á ellos Arquimedes expreso, sino que le entretenian, y eran como juegos de la geometría, á que era dado. En el principio fue el tirano Hieron quien estimuló hácia ellos su ambicion, persuadiéndole que convirtiese alguna parte de aquella ciencia, de las cosas intelectuales, á las sensibles, y que aplicando sus conocimientos á los usos de la vida, hiciese que le entrasen por los ojos á la muchedumbre. Fueron, es cierto, Eudoxo y Arquitas los que empezaron á poner en movimiento el arte tan apreciado y tan aplaudido de la maquinaria, exornando con cierta elegancia la geometría, y confirmando por medio de ejemplos sensibles y mecánicos ciertos problemas que no admitian la demostracion lógica y conveniente: como por ejemplo, el problema no sujeto á demostracion de las dos líneas medias, principio y elemento necesario para gran número de figuras, que llevaron uno y otro á una material inspeccion por medio de líneas intermedias colocadas entre líneas curvas y segmentos. Mas despues que Platon se indispuso é indignó contra ellos, porque degradaban y echaban á perder lo mas excelente de la geometría con trasladarla de lo incorpóreo é intelectual á lo sensible, y emplearla en los cuerpos que son objeto de oficios toscos y ministeriales, decayó la mecánica separada de la geometría y desdeñada de los filósofos, viniendo á ser por lo tanto una de las artes mi-

litares. Arquímedes pues, pariente y amigo de Hieron, le escribió que con una potencia dada se puede mover un peso igualmente dado; y jugando, como suele decirse, con la fuerza de la demostracion, le aseguró que si le dieran otra tierra, movería esta, y la arrojaría sobre aquella. Maravillado Hieron, y pidiéndole que verificara con obras este problema, é hiciese ostensible cómo se movía alguna gran mole con una potencia pequeña, compró para ello un gran transporte del arsenal del Rey, que fue sacado á tierra con mucho trabajo y á fuerza de un gran número de brazos; cargóle de gente, ⁷ del peso que solia echársele, y sentado lejos de él sin esfuerzo alguno y con solo mover con la mano el cabo de un ingenio de gran fuerza atractiva, lo llevó así derecho y sin detencion, como si corriese por el mar. Pasmóse el Rey, y convencido del poder del arte, encargó á Arquímedes que le construyese toda especie de máquinas de sitio, bien fuese para defenderse ó bien para atacar; de las cuales él no hizo uso, habiendo pasado la mayor parte de su vida exento de guerra y en la mayor comodidad; pero entonces tuvieron los Siracusanos prontos para aquel menester las máquinas y al artífice.

Al acometer pues los Romanos por dos partes fue grande el sobresalto de los Siracusanos y su inmovilidad á causa del miedo, creyendo que nada habia que oponer á tal ímpetu y á tantas fuerzas; pero poniendo en juego Arquímedes sus máquinas, ocurrió á un mismo tiempo al ejército y la armada de aquellos. Al ejército con armas arrojadizas de todo género, y con piedras de una mole inmensa, despedidas con increíble violencia y celeridad; las cuales, no habiendo nada que resistiese á su peso, obligaban á muchos á la fuga, y rompian la formacion. En cuanto á las naves, á unas las asian por medio de grandes maderos con punta, que repentinamente aparecieron en el aire saliendo desde la muralla, y alzándolas en alto con unos contrapesos, las hacian luego sumirse en el mar, y á otros levantándolas rectas por la proa con garfios de hierro semejantes al pico de las grullas, las hacian caer en el agua por la popa; ó atrayéndolas y arrastrándolas con máquinas que calaban adentro, las estre-

llaban en las rocas y escollos que abundaban bajo la muralla, con gran ruina de la tripulacion. A veces hubo nave que suspendida en alto dentro del mismo mar, y arrojada en él, y vuelta á levantar, fue un espectáculo terrible, hasta que estrellados ó espelidos los marineros, vino á caer vacía sobre los muros, ó se deslizó por soltarse el garfio que la asia. Llamábase sambuca la máquina que Marcelo traia sobre el puente, por la semejanza de su forma con aquel instrumento músico; mas cuando todavía estaba bien lejos de la muralla se lanzó contra ella una piedra de peso de diez talentos (1), y luego segunda y tercera, de las cuales algunas, cayendo sobre la misma máquina con gran estruendo y conmocion, destruyeron el piso, rompieron su enlace, y la desquiciaron del puente; con lo que confundido y dudoso Marcelo se retiró á toda prisa con las naves, y dió orden para que tambien se retirasen las tropas. Tuvieron consejo, y les pareció probar si podrian aproximarse á los muros por la noche, porque siendo de gran fuerza las máquinas de que usaba Arquímedes, no podian menos de hacer largos sus tiros, y puestos ellos allí serian del todo vanos, por no tener la proyeccion bastante espacio. Mas á lo que parece, aquel se habia prevenido de antemano con instrumentos que tenian movimientos proporcionados á toda distancia, con dardos cortos, y no largas lanzas, teniendo ademas prontos escorpiones, que por muchas y espesas troneras pudiesen herir de cerca sin ser vistos de los enemigos.

Acercáronse pues pensando no ser vistos; pero al punto dieron otra vez con los dardos, y eran heridos con piedras que les caian sobre la cabeza perpendicularmente; y como del muro tambien tirasen por todas partes contra ellos, hubieron de retroceder; y aun cuando estaban á distancia llovian los dardos y los alcanzaban en la retirada, causándoles gran pérdida, y un continuo choque en las naves unas con otras, sin que en nada pudiesen ofender á los enemigos, porque Arquímedes habia puesto la mayor parte de sus máquinas al abrigo de la muralla. Parecía por tanto que los Romanos repetian la guerra á los Dioses, segun repen-

(1) Cada talento venia á pesar sesenta y dos libras y media castellanas.

tinamente habian venido sobre ellos millares de plagas.

Marcelo pudo retirarse, y motejando á los Siracusanos de menestrales y maquinistas : « No penseis, les decia, que hemos de abandonar el hacer la guerra á ese Briareo, que entre el vino y la burla ha arrojado al mar nuestras naves, y todavía se aventaja á los fabulosos centimanos, lanzando contra nosotros tal copia de dardos. » Y en realidad todos los Siracusanos venian á ser como el cuerpo de las máquinas de Arquimedes, y una sola alma la que todo lo agitaba y ponía en movimiento : no empleándose para nada las demas armas, y haciendo la ciudad uso de solos aquellos para ofender y defenderse. Finalmente, echando de ver Marcelo que los Romanos habian cobrado tal horror, que lo mismo era ponerse mano sobre la muralla en una cuerda ó en un madero empezaban á gritar que Arquimedes ponía en juego una máquina contra ellos, y volvían en fuga la espalda, tuvo que cesar en toda invasion y ataque, remitiendo á solo el tiempo el término feliz del asedio. En cuanto á Arquimedes fue tanto su juicio, tan grande su ingenio, y tal su riqueza en teoremas, que sobre aquellos objetos que le habian dado el nombre y gloria de una inteligencia sobrehumana, no permitió dejar nada escrito; y es que tenía por innoble y ministerial toda ocupacion en la mecánica, y todo arte aplicado á nuestros usos; poniendo únicamente su deseo de sobresalir en aquellas cosas que llevan consigo lo bello y excelente, sin mezcla de nada servil, diversas y separadas de las demas; pero que hacen que se entable contienda entre la demostracion y la materia; de parte de la una por lo grande y lo bello, y de parte de la otra por la exactitud y por el maravilloso poder; pues en toda la geometría no se encontrarán cuestiones mas difíciles y enredosas, explicadas con elementos mas sencillos ni mas comprensibles; lo cual unos creen que debe atribuirse á la sublimidad de su ingenio, y otros á un excesivo trabajo, siendo así que cada cosa parece despues de hecha que no debió costar trabajo ni dificultad. Porque sí se tratara de inventarlas, no sería dado á cualquiera acertar por sí solo con la demostracion; y en aprendiéndolas, al punto nace en cada uno la opinion de

que las habria hallado : ; tanto es lo que facilitan y abrevian el camino para la demostracion! Así no hay como no dar crédito á lo que se refiere, de que halagado y entretenido de continuo por una sirena doméstica y familiar se olvidaba del alimento, y no cuidaba de su persona; y que llevado por fuerza á unirse y bañarse, formaba figuras geométricas en el mismo hogar, y despues de ungido tiraba líneas con el dedo, estando verdaderamente fuera de sí, y como poseido de las musas, por el sumo placer que en estas ocupaciones hallaba. Habiendo pues sido autor de muchos y muy excelentes inventos, dícese haber encargado á sus amigos y parientes que despues de su muerte colocasen sobre su sepulcro un cilindro con una esfera circunscrita en él, poniendo por inscripcion la razon del exceso que hubiese entre el sólido continente y el contenido.

Siendo pues Arquimedes tal cual hemos manifestado, se conservó invencible á sí mismo, é hizo invencible á la ciudad en cuanto estuvo de su parte. Marcelo durante el sitio tomó á Megaras, una de las ciudades mas antiguas de los Sicilianos, y se apoderó cerca de Acribas del campamento de Hipócrates, con muerte de mas de ocho mil hombres, sorprendiéndolos en el acto de poner el valladar. Corrió además la mayor parte de la Sicilia, separando las ciudades del partido de los Cartagineses, y venció en batalla á todos cuantos se atrevieron á hacerle frente. Sucedió en el progreso del sitio haber hecho cautivo á un Esparciata llamado Damasipo, que salió por mar de Siracusa; y como los Siracusanos deseasen recobrarle por rescate, y con este motivo se hubiesen tenido diferentes conferencias, puso en una de estas ocasiones la vista en una torre que estaba mal conservada y defendida, en la que podría introducir soldados ocultamente, siendo además el muro de fácil subida por aquella parte. Habíase hecho cargo con exactitud de la altura de este en sus frecuentes ideas y venidas á conferenciar por la parte de la torre, y tenía ya prevenidas las escalas; viendo pues que los Siracusanos como motivo de celebrar una fiesta de Diana estaban entregados al vino y á la diversion, no solamente tomó la torre sin ser sentido, sino que antes de ha-

cerse de dia habia coronado de gente armada toda la muralla, y quebrantando el hexapilo (1). Cuando los Siracusanos llegaron á entenderlo, todo fue confusion y desórden; y como Marcelo mandase hacer señal con todas las trompetas á un tiempo, dieron á huir sobrecogidos de miedo, creyendo que nada les quedaba por tomar á los enemigos. Faltaba sin embargo la parte mas bella, de mas resistencia y extension, que se llama la Acradina, porque su muralla separa la ciudad de afuera; de la cual á una parte dan el nombre de ciudad nueva, y á otra el de Tuca.

Tomadas tambien estas, al mismo amanecer marchó Marcelo por el hexapilo, dándole el parabien todos los caudillos que estaban á sus órdenes; mas de él mismo sé dice que al ver y registrar desde lo alto la grandeza y hermosura de semejante ciudad, derramó muchas lágrimas, compadeciéndose de lo que iba á suceder: por ofrecerse á su imaginacion; qué cambio iba á tener de allí á poco en su forma y aspecto saqueada por el ejército! porque ninguno de los gefes se atrevia á oponerse á los soldados, que habían pedido se les concediese el saqueo, y aun muchos clamaban porque se le diese fuego y se la asolase. En nada de todo esto convino Marcelo, y solo por fuerza y con repugnancia condescendió en que se aprovecharan de los bienes y de los esclavos, sin que ni siquiera focaran á las personas libres; y expresamente mandó que no se diese muerte, ni se hiciese violencia, ni se esclavizase á ninguno de los Siracusanos. Pues con todo de dar órdenes tan moderadas concibió lo que iba á padecer aquella ciudad; y en medio de tan grande satisfaccion, se echó de ver lo que padecia su alma, al considerar que dentro de breves momentos iba á desaparecer la brillante prosperidad de aquel pueblo: diciéndose que no se recogió menos riqueza en aquel saqueo que la que se allegó despues en el de Cartago; porque habiéndose tomado por traicion de allí á poco tiempo las demas partes de la ciudad (2), todo lo saquearon, á excepcion de la riqueza de los

(1) Sitio eminente y fortificado. Véase la Sinonimia geográfica de Abraham Ortelio.

(2) La toma de la Acradina y de la Isleta ofreció muchas dificultades, de las que Plutarco no hace mérito. Véase á Livio, lib. XXV.

palacios del tirano, la cual fue adjudicada al erario público. Mas lo que principalmente afligió á Marcelo fue lo que ocurrió con Arquimedes; porque casualmente se hallaba entregado al exámen de cierta figura matemática, y fijos en ella su ánimo y su vista, no sintió la invasion de los Romanos ni la toma de la ciudad. Presentósele repentinamente un soldado, dándole órden de que le siguiese á casa de Marcelo; pero él no quiso antes de perfeccionar el problema, y llevarlo hasta la demostracion; con lo que irritado el soldado desenvainó la espada, y le dió muerte. Otros dicen que ya el Romano se le presentó con la espada desnuda en actitud de matarle, y que al verle le rogó y suplicó se esperara un poco, para no dejar imperfecto y oscuro lo que estaba investigando; de lo que el soldado no hizo caso, y le pasó con la espada. Todavía hay acerca de esto otra relacion, diciéndose que Arquimedes llevaba á Marcelo algunos instrumentos matemáticos, como cuadrantes, esferas y ángulos, con los que manifestaba á la vista la magnitud del sol; y que dando con él los soldados, como creyesen que dentro llevaba oro, le mataron. Como quiera, lo que no puede dudarse es que Marcelo lo sintió mucho; que al soldado que le mató de su propia mano le mandó retirarse de su presencia como abominable; y que habiendo hecho buscar á sus deudos, los trató con el mayor aprecio y distincion.

Para los de afuera tenian sí opinion los Romanos de ser terribles en la guerra, y cuando se venia á las puñadas; pero no habian dado nunca ejemplos de indulgencia, de humanidad y de las demas virtudes politicas; y entonces por la primera vez hizo Marcelo ver á los Griegos que eran mas justos los Romanos. Porque se portó de modo con los que tuvieron que entender con él, é hizo tanto bien á las ciudades, que si con los de Ena, los Megarenses ó los Siracusanos, intervino algun hecho de moderacion, mas deberá echarse la culpa á los que lo padecieron, que á los que se vieron en la precision de ejecutarlo. Haremos mención entre muchos de uno solo de sus actos de bondad. Hay en Sicilia una ciudad llamada Enguion, aunque pequeña, muy antigua y celebrada por la aparicion de las Diosas, á las que di-